

HARRY SIDEBOTTOM

LOS REBELDES DE ROMA

Traducción de Albert Vitó i Godina





8 DE NOVIEMBRE DEL 265 D. C.

Una línea oscura cerca del horizonte.

El buque mercante estaba a un día de viaje de Ostia, el puerto de Roma, y se dirigía a Sicilia. Ligeramente ladeado, impulsado por un viento tan leve como constante procedente del oeste, el navío surcaba las aguas cortando las olas y dejando una estela de espuma a su paso.

El viaje había empezado bien, pero a Ballista le preocupaba la franja oscura de la que surgía ese viento. Faltaban cinco días para los idus de noviembre, de manera que solo les quedaban dos jornadas antes de que los mares permanecieran cerrados durante el invierno. El *Fortuna Redux* era el último navío que había zarpado rumbo a Tauromenio. En esos momentos no estaba ni mucho menos seguro de que el nombre de la nave augurara una travesía segura.

A pesar de haber partido tan tarde en la temporada de navegación, los demás pasajeros que vagaban por la cubierta no parecían demasiado preocupados. Formaban una camarilla dispareja: una compañía de mimos que

se había propuesto pasar el invierno actuando en las ciudades de la isla, un équite que regresaba a sus tierras acompañado de unos cuantos esclavos, y algunos personajes más, de aspecto sospechoso, que no habían querido revelar el motivo de su viaje. Los moralistas a menudo condenaban las malas compañías que encontraban en los navíos.

Ballista miró a su hijo. El chico estaba cerca de la proa, charlando educadamente con el terrateniente équite. Aunque en realidad ya no era un chico, puesto que ese sería su decimocuarto invierno y al año siguiente recibiría la toga que lo reconocería como adulto. Isangrim ya exhibía una estatura considerable, era ancho de espaldas y cada vez más fuerte. Tenía el pelo rubio por la herencia nórdica de su padre, y no la complexión oscura típicamente italiana de su madre. El vello que le crecía sobre el labio superior ya era apreciable y empezaba a teñir de color dorado sus mejillas. Asintiendo con atención, Isangrim seguía la conversación sin fijarse en el horizonte en ningún momento. Seguro que no sabía absolutamente nada sobre el mar.

De repente, Ballista se sorprendió al constatar lo poco que conocía a su primogénito. La élite romana consideraba que una buena vida implicaba un equilibrio adecuado entre el *negotium*, el servicio al Estado, y el *otium*, el aprovechamiento cultivado del tiempo libre. Sin duda le parecía una buena premisa, pero también era consciente de que, siendo amigo del emperador y comandante militar de confianza, no podía permitirse el lujo de elegir entre esas dos opciones. Durante los últimos diez años, Ballista había servido en el extranjero, en las fronteras, y a menudo más allá. En ocasiones, en-

tre campaña y campaña, había pasado tiempo con su familia en Oriente. Sin embargo, aparte de una breve reunión en Roma esa misma primavera, no había estado con los suyos durante los últimos tres años. La última vez que había visto a su hijo mayor tenía diez años, y entretanto había cumplido ya los trece. Habían sido tres años realmente largos. Isangrim había cambiado muchísimo durante ese tiempo.

Aun así, había llegado el momento de arreglarlo. El emperador por fin había accedido a su petición de retirarse a la vida privada. Galieno se lo debía, tras casi una vida de servicio, aunque tratándose de un emperador esa clase de asuntos nunca podían darse por supuestos. Cuando estuvieran a salvo en su villa en Tauromenio, Ballista podría ponerse al día y conocer al fin no solo a Isangrim, sino también a su hijo menor, Dernhelm. En aquella tranquila isla a la que los habitantes se referían como «la casa del sol» podría rehacer su vida con la madre de sus hijos. Su relación con Julia había sido mejor que la mayoría de los matrimonios. Al principio había sido muy agradable, pero habían pasado demasiado tiempo separados. Pronto llegaría el momento de compensarlo con creces.

Echando un vistazo hacia las oscuras nubes de tormenta que se extendían por el este, Ballista se alegró de haber podido anunciar su llegada a Roma con antelación. Eso había permitido que el resto de su familia pudiera adelantar el viaje. Debían de haber llegado a Tauromenio el mes anterior. Isangrim habría viajado con ellos si no hubiera sido necesario negociar su marcha de la escuela imperial palatina. Ballista había tenido que recurrir a toda su influencia y a una verborrea considera-

ble para conseguir que dejaran salir al chico. En su momento, Ballista también había asistido a esa escuela. Nadie era más consciente que él de la función tácita que ejercía. Con ella, el emperador esperaba asegurarse la siempre incierta lealtad de los hombres importantes: de sus generales y gobernadores en el imperio, pero también de los caudillos más allá de las fronteras. Educar a los hijos de esos hombres clave en el palacio contribuía a consolidar esa esperanza. Allí los chicos quedaban sometidos a una vigilancia constante. Posteriormente, si las familias seguían libres de toda sospecha, tal vez podrían optar a ostentar cargos importantes, de manera que en ningún momento era necesario referirse a los chicos como rehenes.

La tormenta estaba cada vez más cerca, aunque por lo visto los demás pasajeros no se habían dado cuenta. Sin embargo, Ballista no era el único consciente de que el tiempo estaba a punto de cambiar. Había visto cómo uno de los marineros de cubierta ponía el pulgar entre el índice y el corazón intentando ahuyentar la mala fortuna. Para evitar que los pasajeros se alarmaran, el capitán cortó de raíz ese comportamiento con una orden discreta pero tajante. Ballista dejó de apoyarse en la barandilla de barlovento y se dirigió hacia la popa. El cabeceo de la cubierta era suave, por lo que pudo avanzar sin demasiados problemas.

El capitán estaba de pie sobre la cubierta que quedaba sobre la cabina de popa, donde el timonero accionaba los remos que servían para virar la nave. Cuando Ballista subió los escalones, el capitán, una figura poderosa a pesar de su corta estatura, lo saludó con la deferencia debida a quien exhibía el anillo dorado de los équites y solo

estaba un peldaño por debajo de los senadores. Por si fuera poco, era bien sabido que Ballista era amigo del emperador. Sin embargo, los ojos del capitán se detuvieron apenas un instante en el recién llegado antes de volver a controlar el estado del navío, del mar y del cielo. Solo echó algún que otro vistazo hacia el este muy de vez en cuando y con discreción. Ballista admiró que el capitán fuera capaz de mantener esa atención contenida para no alertar a los pasajeros de la potencial amenaza que se cernía sobre ellos. No obstante, a pesar del tacto que se había esmerado en demostrar, le pareció evidente que el capitán no recibiría de buena gana la intrusión de aquel protegido del imperio que tenía origen bárbaro.

—¿Se acerca tormenta? —preguntó Ballista en voz baja, de manera que su voz no llegara hasta la cubierta principal. Eligió formular sus palabras a modo de pregunta por una mera cuestión de cortesía.

—Nada de lo que debamos preocuparnos, *domine*.

—Fui comandante de navíos de guerra en Oriente.

Al oírlo, el capitán miró a Ballista directamente a los ojos y asintió. Fue un gesto de reconocimiento, de marino a marino.

—Nos caerá encima dentro de una hora, más o menos. Pero el *Fortuna Redux* es una embarcación muy estable, la tripulación conoce bien su oficio y estamos lo bastante alejados de Sardinia. Mientras el viento no cambie hacia el norte, no tenemos de qué preocuparnos.

—Va bien cargada —constató Ballista.

La bodega estaba repleta de ánforas de vino, bien sujetas y cuidadosamente colocadas.

—Así se afianzará más en el mar. Rebotaría como un corcho si no llevara más carga que su propio peso.

Ballista sonrió al ver la experiencia que exhibía el capitán.

—Si necesita una mano, quedo a sus órdenes.

—Gracias.

Ballista se volvió para marcharse.

—*Domine?*

Ballista se detuvo.

—Sería mejor que no les dijera nada al resto de los pasajeros.

—Están en buenas manos —opinó Ballista—. No se me ocurriría hacer algo semejante.

Las palabras del capitán estaban bien fundamentadas. El Fortuna Redux era un navío de tamaño medio, de unos veinticinco pies de manga y menos de cien pies de eslora, desde la proa hasta la popa redondeada que quedaba bajo el grácil codaste tallado en forma de cabeza y cuello de ganso. Era de casco trincado, con buen calado, un palo mayor alto y centrado y un bauprés más adelante. Tanto su estructura como sus aparejos estaban en buenas condiciones y la tripulación demostraba la eficiencia casi lánguida de las manos que el tiempo ha convertido en expertas. En aguas bravas, un navío mercante era infinitamente más apto para navegar que una galera de guerra. Con espacio de sobra y bien comandado, podía afrontar casi cualquier tormenta.

Ballista se acercó a la proa e intercambió unas palabras con el otro équite. El terrateniente se mostró cortés pero reservado. Consideraba que su dignidad había quedado ofendida por tener que compartir el camarote principal con Ballista y su hijo. Sin duda alguna, cuando regresara a su villa seguiría quejándose de ello durante mucho tiempo. ¿Qué deriva había tomado el mundo

para que un emperador otorgara el anillo dorado de équite a cualquier caudillo insignificante nacido en las regiones salvajes del norte, elevándolo así hasta el segundo rango de la sociedad romana? Menudo panorama si un bárbaro se consideraba demasiado bueno para aceptar una litera bajo la cubierta principal, junto a los mimos y otros pasajeros humildes. Lo mejor habría sido que compartiese espacio con el equipaje o con las aguas residuales.

Desterrando esos pensamientos de su rostro y cumpliendo con su compromiso con las buenas formas, Ballista se dirigió a su hijo.

—Isangrim.

Al oír su nombre, un destello de ira apareció en los ojos del chico.

—Aunque todavía es temprano —dijo el padre, puesto que no había pasado ni la cuarta hora de luz diurna—, deberíamos comer algo.

Demasiado bien educado para protestar en público ante su padre, Isangrim se despidió del terrateniente y siguió a Ballista.

La cocina se encontraba bajo la cubierta, justo delante del palo mayor. Sorprendentemente espaciosa, ocupaba toda la anchura del barco. Unas trampillas proporcionaban luz y ventilación. Minimizar el riesgo de incendio había sido una prioridad clara en su construcción. El hogar tenía una reja de barras de hierro apoyada sobre una estructura de barro que quedaba a unos pies de altura por encima de un suelo de baldosas, mientras que el techo también estaba alicatado. En una embarcación de madera, nada era más peligroso que el fuego.

Ballista cogió un jarro de agua y se lavó las manos. Lue-

go encontró una sartén en uno de los armarios, atizó un poco el fuego y se puso a freír un poco de panceta salada.

—¿Podrías ir a buscar algo de pan? Y unos huevos...

Los utensilios se compartían, pero cada pasajero llevaba sus propias provisiones.

Isangrim obedeció, aunque con una expresión obstinada en el rostro.

—Todavía no entiendo por qué no nos hemos llevado a unos cuantos esclavos para que se ocupen de nuestras necesidades. Uno de tus guardaespaldas bárbaros habría bastado.

Ballista había enviado a todos los miembros de la casa por adelantado, y solo había dejado en Roma a dos sirvientes de la familia de Julia, para que se ocuparan de la casa en su ausencia.

—Deberías alegrarte, viendo cómo cocinan Máximo y Tarcón. Y los otros guardaespaldas, Rikiar y Grim, todavía lo hacen peor.

Isangrim no sonrió ante el comentario.

—Todo hombre debe aprender a cocinar.

Una vez más, su hijo no respondió.

—Míralo de este modo —prosiguió Ballista—. Si un hombre no puede valerse por sí mismo, se convierte en esclavo de sus sirvientes. Podrías necesitarlo en el campo si haces el servicio militar.

—Sabes que no tengo la más mínima opción, ahora que me has sacado de la escuela palatina —replicó Isangrim en un tono mordaz.

—No es cierto. Cuando seas mayor de edad, si ese es tu deseo, yo no me opondré a que vuelvas.

—Mis perspectivas habrían sido mejores si me hubiera quedado.

—Ya veremos.

El asunto se había convertido en un elemento de discordia, por lo que se sumieron de nuevo en el silencio.

Mientras la panceta chisporroteaba sobre la sartén, Ballista percibió cómo el balanceo de la nave iba en aumento. No tenía ningún sentido contarle a su hijo que se avecinaba una tormenta. Rompió los huevos y los vertió sobre la sartén. Mientras se freían, abrió dos piezas de pan sin levadura del día anterior. Cuando la comida estuvo preparada, Ballista rompió las yemas de los huevos y las hizo resbalar junto con la panceta dentro de las vainas creadas con el pan. Comieron de pie, sin decir nada.

De vuelta en la cubierta, el aspecto del día había cambiado por completo. El sol seguía brillando, pero con menos intensidad, mientras que las primeras nubes dispersas ya habían aparecido en el cielo. El viento empezaba a soplar en ráfagas. La vela colgaba lacia, pero de repente se hinchaba con un crujido. El oleaje se volvió más alto y empezó a chapotear contra el flanco de la nave, levantando neblinas de espuma por el baluarte. Los demás pasajeros, siguiendo una especie de precepto tácito, se habían reunido alrededor del palo mayor. Estaban agazapados: húmedos, penitentes y angustiados.

Ballista observó cómo el capitán tomaba el mando de los remos que servían de timón. Dio unas cuantas órdenes y el Fortuna Redux cambió de rumbo para dirigirse hacia el sur-suroeste. Sin que fueran necesarias más indicaciones, los marineros de cubierta ajustaron la inclinación de la verga mayor y tensaron los briosles de la vela. Con el oleaje ya a cuarenta y cinco grados, la nave empezó a navegar de forma más estable y a mayor velocidad.

Una vez completada la maniobra, el capitán fue relevado de nuevo por el timonel, lo que le permitió dirigirse a los pasajeros.

—Se está levantando viento. Seguramente estarán más cómodos en sus literas.

Los viajeros de aspecto sospechoso se escabulleron enseguida. Los actores murmuraron algo entre ellos y decidieron seguirlos.

—Si no os importa, yo me quedaré en cubierta —dijo Ballista.

—Por supuesto.

—Yo también me quedo —anunció el équite. Quedó claro que consideraba indigno buscar refugio mientras Ballista permanecía en el exterior.

—Si así lo deseáis...

Pareció como si el capitán deseara añadir algo más, posiblemente algo como «siempre que intenten no caer por la borda ni estorbar a la tripulación», pero al final se contuvo.

Ballista se volvió hacia su hijo.

—Deberías ir al camarote. Es importante que te asegures de que no se mueva el equipaje, podría romperse algo.

Con aquella instrucción solo quería guardar las apariencias, puesto que Ballista comprobaba cada mañana que sus posesiones siguieran bien afianzadas. El chico obedeció y se metió en el camarote a regañadientes. Isangrim no era marinero, y lo más prudente era apartarlo de la cubierta. Al menos de momento.

Ballista retrocedió para instalarse en el lado de babor, a la altura de las dos anclas que había a ambos lados de la popa. Apuntaló una bota contra una de las boyas de cor-

cho de la cadena del ancla. Había otro par de anclas en la proa, mientras que la de emergencia, el ancla sagrada que servía solo como último recurso, estaba en la sección media de la nave. A pesar de la incertidumbre de la situación, le pareció tranquilizador que el Fortuna Redux estuviese bien equipado.

Después de comprobar que podría moverse a voluntad, el équite lo siguió. Era un buen lugar. Tenían la baranda para aferrarse, y allí no estorbarían las maniobras de la tripulación.

—¿Habéis hecho esta travesía muchas otras veces? —preguntó Ballista, lanzándole una mirada al équite.

—Y en condiciones mucho peores —respondió este, que a pesar de sus valientes palabras parecía absolutamente aterrorizado.

Un muro de tinieblas avanzaba inexorable hacia ellos arrastrando zarcillos de lluvia.

—¡Apagad el fuego de la cocina y todas las lámparas! ¡Cerrad las escotillas y la puerta del camarote!

La voz del capitán resonó por encima del ruido de los cordajes y del chirrido que salía de los centenares de tablas y clavijas de madera que formaban la cubierta. Para Isangrim debía de ser en verdad desagradable encontrarse dentro de ese camarote oscuro y tambaleante, pero todavía lo tenían peor los que estaban en la bodega.

Las nubes se acabaron tragando el sol y las primeras gotas cayeron sobre la cubierta. El bajel se bamboleó con la llegada de la tormenta, fue como si el Fortuna Redux hubiera encajado el puñetazo de un coloso. Quedó muy ladeado y se desvió de su rumbo. Ballista agarró al équite por el brazo al ver que perdía el equilibrio.

—¡Virad por delante del viento!

Aunque las palabras del capitán se perdieron con el temporal, su tripulación ya las había estado esperando. Su confianza no estaba exenta de fundamento, puesto que aquellos hombres demostraban saber a la perfección lo que tenían que hacer. De un bandazo, la proa viró hacia el oeste.

—¡Bajad la verga un tercio de lo que queda de mástil!
¡Tensad los brioses centrales!

Cuando el viento quedó recogido solamente en el extremo de la vela y buena parte de la presión sobre el mástil remitió, el Fortuna Redux recuperó el rumbo al oeste.

La lluvia, fría y pesada, empapaba el barco de arriba abajo.

—Creo que me retiraré a descansar un poco —declaró el équite, que sin esperar respuesta se puso en marcha.

No había dado ni tres pasos cuando la cubierta desapareció bajo sus pies. Perdiendo el equilibrio, se precipitó hacia delante. Antes de que terminara de caer, sin embargo, un miembro de la tripulación apareció de la nada y lo agarró para luego acompañarlo con cortesía hasta el camarote.

Al menos le haría compañía a Isangrim.

Ballista oteó la tormenta. El tiempo se había vuelto plomizo y las olas se alzaban cada vez más rizadas y blancas en la cresta. Sin embargo, el Fortuna Redux se había adelantado al temporal y sus movimientos eran más regulares. La popa quedaba levantada cuando surcaba una ola, y luego, cuando esta sobrepasaba la embarcación, era la popa la que quedaba en levadizo. La secuencia se repetía una y otra vez; las olas eran

cada vez mayores, pero el movimiento seguía siendo el mismo.

Lanzando una mirada hacia el castillo de popa, Ballista se fijó en el capitán. Su rostro resplandecía de placer. Ballista se dio cuenta entonces de que él también estaba sonriendo como un idiota. Sí, estaban en peligro, pero eso era justo lo que le parecía tan estimulante. No había nada comparable.

Estuvieron navegando hacia el oeste durante el resto del día, surcando las aguas a gran velocidad, huyendo del poder de Euro, el dios del viento del este. Todavía avanzaban a buen ritmo cuando por fin cayó la noche.

El capitán despachó a la mitad de la tripulación para darles un descanso. Tras haber pedido permiso para abandonar la cubierta, Ballista se dirigió al camarote. Gracias a la tenue luz que proporcionó la puerta abierta, encontró una toalla. Luego cerró la puerta de nuevo, se desnudó y se secó a oscuras. Buscó el camino hasta su lecho a tientas y sin hacer ruido, para no despertar ni al équite ni a Isangrim, aunque por otro lado sabía que no debían de estar durmiendo. Cuando por fin se acostó, notó que el viento había virado unos cuantos grados. Nada del otro mundo, no tenía de qué preocuparse, de momento. A menos que empezara a soplar hacia el norte. Pero enseguida se quedó dormido.